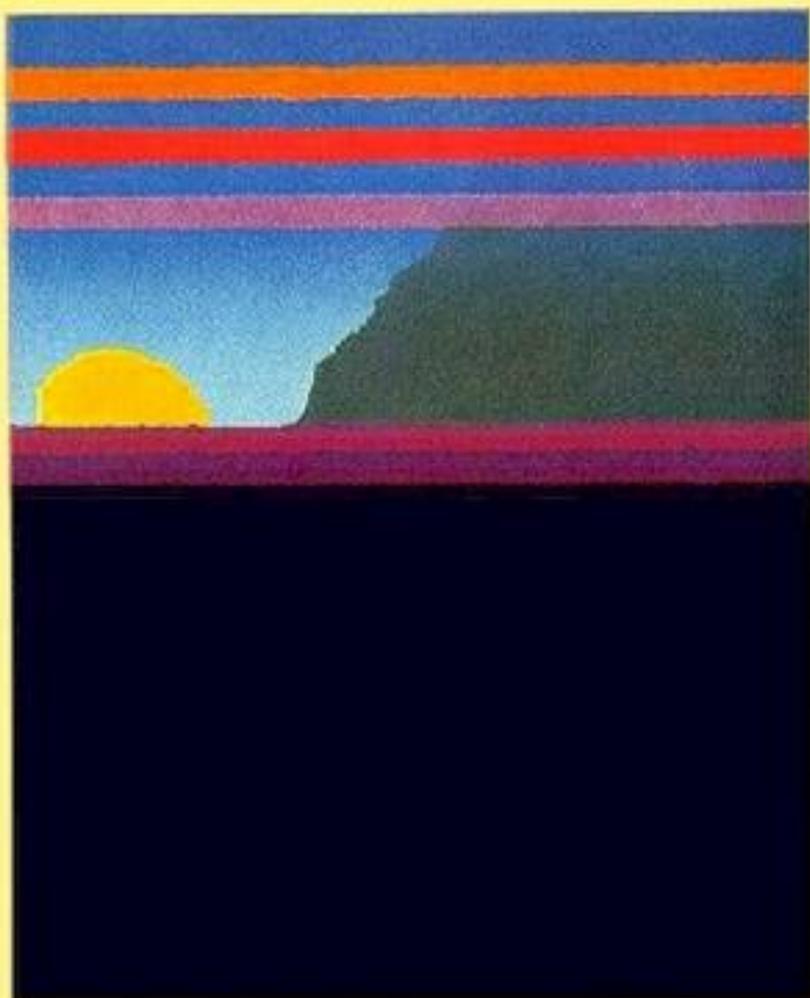


JULIAN
BARNES

Mirando al sol



Un piloto de la Segunda Guerra Mundial ve salir el sol mientras vuela sobre el Canal de la Mancha; desciende luego tres mil metros y, para su sorpresa, contempla luego una nueva salida del sol. Esta imagen, brillantemente descrita, constituye el punto de partida de la primera novela publicada por Julián Barnes después de la sorpresa y el éxito mundiales de *El loro de Flaubert*. En esta ocasión, Barnes adopta un tono más narrativo y toma el punto de vista de una mujer para, a través de la historia de su vida, provocar en el lector una reflexión ética acerca del heroísmo, el suicidio, la muerte.

En la vida de la protagonista no abundan los acontecimientos notables. Es más, Jean Serjeant es un flaubertiano *coeur simple*, pero su propia simpleza, por su terca curiosidad y su extraña inocencia, la convierten en un ser extraordinario. De modo que la trama de su vida no la formarán su desolado matrimonio, su decisión de abandonar al torpe esposo, su vida solitaria y prolongada hasta el 2021, sino toda una serie de preguntas que la cercarán de modo obsesivo. Algunas serán triviales (¿cómo fumar todo un pitillo sin que se caiga la ceniza?), y otras sublimes (¿es absoluta la muerte? ¿es absurda la religión? ¿es permisible el suicidio?), y no siempre encontrará respuestas satisfactorias, de modo que acabará preguntándose por la legitimidad de esas preguntas.

«Julián Barnes es uno de nuestros escritores más inteligentes». (Ian Hamilton, *London Review of Books*).

«*Mirando al sol* consigue ser, a la vez, divertida y desolada..., compulsivamente legible». (Kate Kellaway, *The Literary Review*).

«Julián Barnes, malabarista y taumaturgo. En *Mirando al sol*, una serie de interrogantes trascendentes sobre el valor,

la certidumbre, la vejez, la muerte o la fe se revelan como insólita y divertida materia narrativa». (J. A. Masoliver Rodenas, *La Vanguardia*).

«Una maravillosa epifanía literaria». (Carlos Fuentes).

A Pat

Esto es lo que ocurrió. En una oscura y calmada noche de junio de 1941, el sargento piloto Thomas Prosser volaba furtivamente sobre el norte de Francia. Su Hurricane IIB estaba camuflado con pintura negra. En el interior de la carlinga, la luz roja del panel de instrumentos iluminaba suavemente las manos y la cara de Prosser, en cuya mirada resplandecía el ardor de un vengador. Pilotaba con el casco a la espalda, ansiando descubrir en tierra las luces de un aeródromo o en el cielo los colores rusientes del escape de un bombardero. Prosser esperaba, en la última media hora antes del alba, la aparición de un Heinkel o un Dornier a su regreso de alguna ciudad inglesa. El bombardero ya habría superado los cañones antiaéreos, declinado la publicidad de los reflectores y eludido la cortina de globos y cazas nocturnos; una vez estabilizado, los tripulantes pensarían en el café caliente engordado con achicoria y el tren de aterrizaje descendería crujiendo... y entonces les llegaría el regalo del astuto cazador furtivo.

Esa noche no cayó ninguna pieza. A las tres y cuarenta y seis Prosser puso rumbo a la base. Atravesó la costa francesa a dieciocho mil pies. Su decepción parecía haber retrasado el retorno más de lo habitual, pues al mirar hacia el este sobre el Canal vio el sol, que empezaba a salir. En un aire vacío y sereno, el sol se separó con calma y firmeza de la pegajosa línea amarilla del horizonte. Prosser siguió su lenta exposición. Por un reflejo adquirido giraba el cuello bruscamente cada tres segundos, pero no es probable que hubiera avistado un caza alemán, de haberlo habido. Solo po-

día percibir el sol que salía del mar: imponente, inexorable, casi cósmico.

Por fin, cuando el globo naranja se recostó zalamero sobre el lecho de las olas distantes, Prosser pudo mirar a lo lejos. Era consciente de estar otra vez en peligro: en la clara mañana, su negro aeroplano era tan visible como un depredador ártico inoportunamente sorprendido en un cambio de pelaje. Ladeándose y virando, virando y ladeándose, pudo ver debajo de él un largo rastro de humo negro. Un barco solitario, quizá en apuros. Descendió rápidamente hacia las olas minúsculas y titilantes hasta distinguir un mercante con forma de huso que navegaba con proa al oeste. Pero el humo negro había desaparecido, y todo parecía en orden; probablemente acababan de cargar las calderas.

A unos ocho mil pies Prosser recuperó la horizontal y puso rumbo a la base. Mediado el Canal, igual que los tripulantes de los bombarderos alemanes, se permitió pensar en el café caliente, y en el sandwich de bacon que comería tras entregar su informe de vuelo. Entonces ocurrió algo. La velocidad de su descenso había vuelto a esconder el sol detrás del horizonte, y al mirar al este lo vio salir de nuevo: el mismo sol saliendo del mismo sitio a través del mismo mar. Una vez más, Prosser olvidó toda precaución y solamente contempló: el globo naranja, la línea amarilla, la repisa del horizonte, el aire sereno y la tersa y tranquila elevación del sol saliendo entre las olas por segunda vez en aquella mañana. Ya nunca olvidaría aquel milagro ordinario.

Primera parte

¿Me preguntas qué es la vida? Es como preguntar qué es una zanahoria. Una zanahoria es una zanahoria, y eso es todo lo que sabemos

Chéjov a Olga Knipper, 20 de abril de 1904

Los demás daban por sentado que sería un esfuerzo excesivo, volver la vista noventa años atrás. Una visión del túnel, suponían; como mirar a través de una pajita. No era así. A veces el pasado se proyectaba cámara en mano, a veces se alzaba monumental en un escenario coronado por un arco de adornos de escayola y cortinas colgantes, a veces surgía sin dificultad, como una historia de amor de la época muda: agradable, desenfocada y difícilmente creíble. Y otras veces era solo una sucesión de imágenes fijas prestadas por la memoria.

El Incidente con tío Leslie —primer Incidente de verdad en su vida— llegó como una secuencia de transparencias de linterna mágica. Una moralidad de color sepia, con un adorable villano que incluso tenía mostacho. Por entonces ella tenía siete años; era Navidad; tío Leslie era su tío favorito. La Transparencia N.º 1 le mostraba inclinándose desde su enorme altura para alcanzarle un regalo. Jacintos, susurró, entregándole un tiesto de color caramelo rematado por un manto de papel marrón. Lléalos a la fresquera y espera a que llegue la primavera. Ella quería verlos ahora. No, todavía no habrán brotado. ¿Cómo podía estar seguro? Más tarde, en secreto, Leslie rasgó una esquina del envoltorio de papel marrón para que ella escudriñara su interior. ¡Qué sorpresa! Ya había brotado. Cuatro finos botones ocre, de un centímetro de longitud. Tío Leslie hizo la mueca reticente del adulto sorprendido por la sabiduría del menor. En todo caso, explicó, ese era otro motivo más para no volver a mirarlos hasta la primavera: si recibían más luz crecerían en exceso y perderían su fuerza.

Puso los jacintos en la fresquera y esperó sus progresos. Pensaba en ellos con frecuencia, preguntándose qué aspecto podía tener un jacinto. Transparencia N.º 2. A finales de febrero fue a la cocina con una linterna, apagó la luz, sacó el tiesto, hizo un pequeño agujero, acercó la linterna y miró ansiosamente. Allí seguían los cuatro prometedores botones, todavía de un centímetro de longitud. Al menos no parecían dañados por la luz que les entró en Navidad.

A finales de febrero miró otra vez pero, obviamente, todavía no había empezado la estación de crecimiento. Tres semanas después el tío Leslie pasó a visitarles antes de ir a jugar al golf. Durante la comida se volvió hacia ella con aire conspirador y preguntó:

—Bueno, Jeanie, ¿jacintan ya los jacintos de Navidad?

—Me dijiste que no los mirara.

—Eso dije. Eso dije.

Volvió a mirar a finales de marzo, y otra vez —Transparencias N.º 5 al 10— el dos, cinco, ocho, nueve, diez y once de abril. El día doce su madre accedió a hacer un examen más detenido del tiesto. Extendieron el *Daily Express* del día anterior sobre la mesa de la cocina y deshicieron cuidadosamente el envoltorio de papel marrón. Los cuatro brotes ocres no habían avanzado nada. La señora Serjeant los miró con desasosiego.

—Creo que lo mejor será tirarlos, Jean.

Los adultos siempre estaban tirando cosas. Esa era una de las grandes diferencias, sin duda. A los niños les gustaba guardarlas.

—Quizá estén creciendo las raíces.

Jean comenzó a apartar la espesa tierra apretada contra las pequeñas puntas.

—Yo no lo haría —dijo mamá. Pero era demasiado tarde. Uno a uno, Jean excavó cuatro tees de golf en madera, colocados al revés.

Curiosamente, el Incidente no le hizo perder la fe en tío Leslie. En cambio, perdió la fe en los jacintos.

Al mirar atrás, Jean suponía que de niña debió de tener amigas, pero no lograba recordar aquella confidente especial de sonrisa cómplice y agitada, ni los juegos en el patio del colegio, el salto a la comba y las guerras con bellotas, ni tampoco los mensajes secretos pasados entre los pupitres manchados de tinta en una escuela de pueblo, sobre cuya puerta había una desalentadora inscripción en piedra. Quizá ella tuvo todo eso, quizá no. Retrospectivamente, el tío Leslie le había bastado como amigo. Tenía el pelo rizado, que mantenía perfectamente engominado, y un blazer azul oscuro con la insignia del regimiento en el bolsillo superior. Sabía hacer vasos de vino con envoltorios de caramelos, y cuando salía a jugar al golf siempre lo llamaba «corretear por el Viejo Cielo Verde». Tío Leslie era el tipo de hombre con el que le hubiese gustado casarse.

Poco después del incidente de los jacintos comenzó a llevarla con él al Viejo Cielo Verde. Al llegar la sentaba en un banco enmohecido junto al aparcamiento y, con fingida severidad, la dejaba al cuidado de los palos.

—Yo voy a lavarme detrás de las orejas.

Veinte minutos después partían hacia el primer tee. Tío Leslie llevando los palos y oliendo a cerveza, Jean con el palo para arena al hombro. Se trataba de una treta inventada por el supersticioso Leslie: siempre que Jean tuviese preparado ese palo especial para la arena, la trayectoria sería buena y la bola nunca iría a parar al bunker.

—No dejes caer la cabeza del palo —decía— o habrá aquí más arena volando que en el desierto de Gobi en un día de viento.

Y ella se colocaba el hierro al hombro como un rifle. Una vez, sintiéndose cansada en la colina del hoyo quince, lo llevó arrastrándolo desde el tee, y el segundo golpe de tío Leslie fue a parar a un bunker, situado quince metros más allá.

—Mira lo que has hecho —dijo, aunque parecía tan complacido como contrariado—. Tendrás que comprarme

una en el diecinueve por esto.

Tío Leslie solía recurrir a un divertido código que ella simulaba comprender. Todo el mundo sabía que en un campo de golf solo hay dieciocho hoyos, y que ella no tenía dinero, pero Jean asentía como si siempre estuviera comprando una a la gente —una ¿qué?— en el diecinueve. Cuando creció alguien le explicó el código, aunque hasta entonces no le había importado ignorarlo. Pero algunas cosas sí las comprendía. Si la bola se desviaba desobediente hacia los árboles, Leslie musitaba a veces: «Una por los jacintos», la única alusión que hizo nunca al regalo de Navidad.

Pero la mayoría de sus comentarios la sobrepasaban. Caminaban resueltamente por la calle, él con su bolsa llena de suaves golpeteos de nogal y ella con el hierro al hombro. A Jean no le estaba permitido hablar: tío Leslie le había explicado que la charla le impedía concentrarse en el próximo golpe. A él, por el contrario, sí le estaba permitido hablar, y cuando se dirigían a buen paso hacia un lejano destello blanco que a veces resultaba ser un pedazo de papel, se detenía, se agachaba y le susurraba sus pensamientos secretos. En el cinco le contó que los tomates producían cáncer, y que el sol nunca se pondría en el Imperio; en el diez supo que los bombarderos eran el futuro, y que el viejo Musso podría ser italiano, pero que sabía por dónde iban los tiros. Una vez se pararon en el corto hoyo doce (una actuación sin precedentes en un par tres) y Leslie le espetó gravemente:

—Además, tu *judío* realmente no *disfruta* con el golf.

Luego siguieron avanzando hacia el bunker a la izquierda del green, y Jean no dejó de repetirse esta verdad inesperadamente revelada.

Le gustaba ir al Viejo Cielo Verde; nunca se sabía muy bien lo que podía suceder. Una vez, después de lavarse detrás de las orejas más extensamente que de costumbre, el tío Leslie cayó en el profundo canal que había junto al cua-

tro. Jean fue obligada a ponerse de espaldas, pero no pudo evitar escuchar un prolongado chapoteo de notable volumen e implicaciones. Escudriñó por debajo del brazo (no era igual que mirar), y vio aparecer por entre los crecidos helechos una nube de vapor.

A continuación venía el truco de tío Leslie. Entre el green del nueve y el tee del diez, rodeada de jóvenes abedules plateados, había una pequeña choza de madera con forma de casita de pájaro. Aquí es donde tío Leslie hacía a veces su truco, si el viento soplaba en la dirección adecuada. Sacaba un cigarrillo del bolsillo superior de su chaqueta de tweed con coderas de cuero, lo dejaba sobre su rodilla, le pasaba las manos por encima como un mago, se lo llevaba a la boca, guiñaba lentamente un ojo a Jeanie, y encendía una cerilla. Ella se sentaba a su lado, contenía la respiración e intentaba no removerse demasiado. Como decía tío Leslie, una aspiración o una exhalación podían echar a perder el truco. Y también un culo inquieto.

Pasados uno o dos minutos, ella deslizaba la mirada hacia un lado procurando moverse muy poco. El cigarrillo tenía dos centímetros de ceniza, y el tío Leslie le daba otra calada. A la siguiente mirada había echado la cabeza ligeramente hacia atrás, y medio cigarrillo era pura ceniza. De aquí en adelante tío Leslie nunca la miraba; en lugar de ello se concentraba con todo cuidado en reclinarsse levemente, despacio, con cada calada. Al final su cabeza formaba un ángulo recto con la columna vertebral, y el cigarrillo, ahora todo ceniza excepto el trocito por donde Leslie lo sujetaba, se alzaba vertical en dirección al techo de la casita de pájaro. El truco había funcionado.

Entonces él alargaba la mano izquierda y le daba un toque en el hombro; ella se levantaba sigilosa, procurando no respirar, nada de gruñidos ni de resoplidos que hicieran caer la ceniza sobre la chaqueta con coderas de cuero de Leslie, y seguía hacia el tee del diez. Dos minutos después Leslie volvía junto a ella sonriendo un poquito. Nunca le

preguntó cómo hacía el truco, tal vez porque pensaba que no se lo diría.

También solían gritar. Siempre sucedía en el mismo lugar, más allá del triángulo de hayas húmedas y olorosas que se introducía en el tortuoso hoyo catorce. Cada vez que tío Leslie había ejecutado tan mal el drive que debían ponerse a buscar en la zona más desolada del bosque, donde los troncos enmohecían y había gruesos hayucos por el suelo. La primera vez se encontraron frente a un portillo que tenía un tacto muy viscoso, aunque hacía días que no llovía. Se subieron al portillo y desde allí ojearon unos pocos metros de césped crecido. Tras un inútil rastreo y mucho rebuscar con los palos, tío Leslie se había agachado para decir:

—¿Por qué no pegamos un buen grito?

Ella le devolvió la sonrisa. Evidentemente, lo que se hacía en estas ocasiones era pegar un buen grito. Después de todo, daba mucha rabia no encontrar la bola. Leslie siguió explicando:

—Cuando ya no puedas gritar más debes dejarte caer al suelo. Son las reglas.

Entonces echaban las cabezas hacia atrás y gritaban al cielo. Tío Leslie tenía una voz profunda, sonaba como un tren saliendo de un túnel; la de Jean sonaba alta y algo fluctuante, como si no supiera hasta dónde le llegaría la respiración. Con los ojos abiertos —esto parecía ser una regla no escrita— había que dirigir la mirada al cielo, como retándole a aceptar tu desafío. Entonces volvías a tomar aire y gritabas otra vez, con más confianza, con mayor insistencia. Luego otra vez, y en las pausas para tomar aire oías la oscilación y el rugido de los ruidos ferroviarios de Leslie; de repente llegaba el agotamiento: ya no te quedaba un solo grito y te dejabas caer al suelo. Ella se habría dejado caer aunque no lo hubieran dicho las reglas; la fatiga le recorría el cuerpo como una ola interior.

Tío Leslie cayó rodando unos cuantos metros y se oyó un buen trompazo. Luego se miraron desde el suelo, alzando la vista de cuando en cuando hacia el cielo apacible. Pequeñas nubes se interponían bandeándose comedidamente, como suspendidas de mala gana; pero puede que este movimiento se lo dieran las jadeantes figuras supinas. Las reglas establecían claramente que se podía jadear tanto como se quisiera.

Un rato después, oyó toser a Leslie.

—Bueno —dijo él—, creo que puedo permitirme un golpe gratis.

Y se arrastraban de vuelta al portillo viscoso, pasaban entre los crujiertes hayucos hasta llegar al ángulo del catorce donde tío Leslie, tras comprobar que no había espías en los alrededores, clavaba un tee con el pulgar en el centro de la calle, hacía saltar sobre él una reluciente bola nueva y la golpeaba con el hierro dejándola a unos cien metros en dirección al green. Y eso a pesar de haber gritado tanto, pensó Jean.

Unicamente iban a gritar cuando Leslie salía muy mal del tee, lo que solo parecía suceder cuando la cancha estaba vacía. Y no lo hicieron muy a menudo, porque después de la primera vez Jean contrajo la tosferina. El contraer la tosferina no alcanzó la categoría de Incidente, pero la rogativa del tío Leslie si lo fue. O más bien el resultado de la rogativa de tío Leslie. Llevaba cuatro días en la cama cuando llegó y la encontró graznando como un pájaro exótico en algún cielo extranjero. Se sentó en la cama con el blazer de la insignia, oliendo un poco como si viniera de lavarse detrás de las orejas, y en vez de preguntar cómo se encontraba murmuró:

—¿No les habrás contado lo de nuestros gritos?

Ella no había dicho nada.

Jean asintió. Era, notablemente, un buen secreto. Pero tal vez los gritos fueran la causa de la tosferina. Su madre siempre le decía que no se sobreexcitara. Quizá los gritos